

manos sobre el reo, en la sentencia absolutoria, y bendecía, compadeciéndose de la flaqueza humana...

II

Un día, al salir del confesionario, tropezó su pié con un libro, de cantos dorados y ricamente encuadernado en piel: era un libro de devoción que alguien dejó perdido u olvidado, pues sólo quedaban en el templo algunas viejas de aspecto humilde, distantes de aquel sitio.

Recogió el libro, después de introducir en él algunas estampas que el golpe había desparramado por el suelo.

En la sacristía dejó el devocionario; y observó que sus manos habían quedado, al contacto, intensamente perfumadas con un perfume penetrante y denso, y delicado a un tiempo, que se aspiraba con sensualidad. Aquel mundano aroma se juntó al olor de la cera y del incienso; y el Padre Ramón salió aquella mañana de la iglesia con el ceño fruncido levemente, como si un pensamiento le pinchara.

Casi sin darse cuenta, al llegar a su casa volvió a olerse las manos; y comprendió que había caído en una delectación pecaminosa: había pecado con el olfato, como puede pecarse con los ojos.

Una creciente inquietud inexplicable notó aquel día; y al siguiente, en la oscuridad de su confesionario, no habló a los que vinieron a él, en demanda del perdón divino, con el fervor de siempre; fuéron sus exhortaciones débiles y frías, como las fórmulas rutinarias de un juez que maquinalmente cumple con su oficio.

Por primera vez sintió cansancio de tanto perdonar...

En la sacristía, poniéndose el manteo, ya terminada su misión en la iglesia, un monaguillo—acaso el propio diablo—vestido de roja sotana y albo roquete, se le acercó, y le dijo:

—Ya vinieron por el libro de ayer... Es de una señorita que se llama Carmen...

Calló el Padre, como si no lo oyera.

Y añadió el diablo:

—Yo la conozco...

III

El Padre Ramón comprendía, ahora, que, después de sus largos estudios, no supo nunca cómo eran los enemigos del alma. Cuando se los nombró el Catecismo de su niñez, sólo uno le llegó a la mente: el demonio, al que dió la figura corpórea de un temeroso personaje, con cuernos y rabo, y armado de un gigante tenedor con el que achicharraba a los condenados a las eternas llamas.

Sus maestros y sus libros le enseñaron mucho del mundo y de la carne; ¡pero fué tan poco lo mucho que le enseñaron libros y maes-